

Sandra
Carrasco

voces•del
desierto



Voces del desierto

Sandra Carrazco



el sueño del ajolote

Primera edición, 2015.

D.R. Sandra Carrasco Aguirre

D.R. Los Otros Libros
Pedro Hernández Valenciano #36
Col. Mineral de la Hacienda
Guanajuato, Gto., México
www.losotroslibros.com

Cuidado de la edición: Raúl Bravo
Diseño editorial: Ana Paulina Calvillo

Los Otros Libros promueve la libre difusión del arte y la cultura, es por ello que alienta a los lectores a descargar y compartir las publicaciones de la editorial.

PERSONAJES

HOMBRE, DE 49 AÑOS.

SAÚL, DE 17 AÑOS.

MUJER, CHATITA.

POLICÍA 1

POLICÍA 2

POLLERO

En el desierto de Sonora, ubicado entre México y los Estados Unidos, el HOMBRE y SAÚL se encuentran cruzando ilegalmente la frontera.

HOMBRE: *(Se agacha, deja su morral en el suelo y toma un poco de tierra entre las manos.)* No cabe duda que esta tierra cala hasta las entrañas.

Deja caer la tierra mirando a su alrededor, respira con dificultad por el cansancio, encuentra a SAÚL recostado.

HOMBRE: *(Acercándose con cautela.)* Muchacho, muchacho, ¿estás bien?

SAÚL saca una navaja y amenaza con ella.

HOMBRE: Tranquilo.

SAÚL se levanta y trata de alejarse.

HOMBRE: Oye muchacho, soy de los tuyos. Guarda eso. No ves que yo solo venía caminando cuando te vi ahí tirado, creí que estabas muerto.

SAÚL: ¡Para robarme!

HOMBRE: No.

SAÚL: Mire viejo, ¿a qué otra cosa iba a acercarse?

HOMBRE: Simplemente para saber quién eras y poder ayudarte.

SAÚL: *(Ríe irónicamente.)* No me venga con su alma samaritana, aquí nadie ayuda a nadie, solo uno se descuida tantito y le quitan todo, hasta la vida.

El HOMBRE mira a su alrededor.

HOMBRE: Pues por lo que veo, no traes nada, así que no sé qué crees que te puedo robar. Ya viste, ni una cobija, ni agua, nada, ¿o qué?, ¿traes dinero?

SAÚL: Ya sabía, puros cuentos de ayudarme. Pinche viejo, pero para su maldita suerte, si eso es lo que quiere, pus ya se jodió, siga su camino, que ya otros malnacidos se encargaron de quitármelo.

HOMBRE: ¿Lo ves? No hay nada que me pueda interesar de ti. Y mira ya guarda

tu navajita, que al parecer ni has comido, ándale que ya me dio hambre.

El HOMBRE se sienta, saca algunas provisiones y se dispone a comer; SAÚL lo observa y llora.

HOMBRE: Y ahora, ¿por qué chillas? ¡Úchala!, me saliste un niño. Mira mocoso, si no comes, no vas a llegar ni a la Línea, es más, ya hoy en la noche date por muerto.

SAÚL se tranquiliza, toma el agua que le ofrece el HOMBRE y una lata de comida, la cual no puede abrir.

HOMBRE: Tú solo ni puedes. Dame eso. Un día más que te hubieras quedado aquí y los buitres ya estarían rondando tu cuerpo.

SAÚL come desesperado. El HOMBRE intenta tomar unos papeles que salen de la camisa de SAÚL, pero éste se lo impide.

HOMBRE: ¡Oye, si no te pienso robar!, yo también ando aquí porque quiero cru-

zar la frontera, igual que tú. ¿Qué piensas?, ¿que en la situación en la que estás todavía me voy a aprovechar de ti?

SAÚL: Y, ¿cómo sé que usted no es un pollero que terminará abandonándome, como lo hizo el que me trajo?

HOMBRE: Tranquilo, nomás quiero saber quién eres (*toma los papeles*). Siete a.m., Jorge Ríos, Nogales, Sonora, restaurante Las Operadoras. ¿Y éste?, ¿quién es?, ¿tú eres Jorge?

SAÚL: ¿Qué le importa?

HOMBRE: Yo solo preguntaba para saber cómo llamarte, no por otra cosa. Si estás bien chamaco, y viniendo a estas tierras tú solo.

SAÚL: Ese nombre es del hijo de puta que me dejó tirado.

HOMBRE: El pollero... Si hasta el nombre lo dice todo: Jorge, como el presidente de los gringos que tanto nos ha amolado y, Ríos, que tantas veces he tenido que cruzar para el otro lado.

SAÚL: Entonces, ¿justé lleva ya muchas veces que cruza pa'l Norte? Yo también quiero ir y venir. Igual y me gusta, y me quedo allá, pero lo primero es lo primero.

HOMBRE: Y ¿qué es lo primero?

SAÚL: Pus, ¿qué va a ser?, la familia.

HOMBRE: ¿A poco tienes familia?

SAÚL: Ya merito, mi chava está embarazada. Me salí de estudiar la secundaria y no encontré chamba, así que por eso me vine.

HOMBRE: Conozco ese sentimiento: partir, ser empujado, escapar...

SAÚL: No pus, ya se puso melancólico.

HOMBRE: *(Se pone de pie, molesto.)* Si ya comiste, levántate, que queda mucho por caminar.

SAÚL está agotado.

HOMBRE: Mira muchacho, solo tienes de dos sopas: o te quedas aquí muriendo de hambre y sed, o le sigues caminando.

SAÚL: ¡No entiende que ya no puedo!

HOMBRE: Mejor me voy antes de que me agarre la noche por estos lugares. (*Mira a su alrededor.*) Dicen que luego se aparecen unos demonios, danzan con todo aquel que cruce por aquí, bailan y bailan hasta emborracharlo de cansancio. Ya cansadito lo tumban y lo mantienen despierto por días, hasta que éste muere. Cuando han encontrado sus cuerpos nadie sabe lo que vieron: rostros congelados, manos sin uñas y ojos y bocas totalmente abiertos, llenos de terror. (*Mira a SAÚL de reojo.*) Pero bueno, allá tú, si te quieres quedar.

SAÚL: ¡No, por favor!, no se vaya.

HOMBRE: Yo no puedo andar de niñera, cuidando chamacos, arréglatelas tú solo.

SAÚL: Usté también es como los demás. Primero aparentan ser buenas gentes y después lo mandan a uno al carajo. ¡Lárguese! (*Le avienta su botella de agua.*)

El HOMBRE toma sus cosas y camina.

HOMBRE: Morir deshidratado o por hambre, igual asesinado por los cazamigrantes..., por los demonios. Allá, tú.

SAÚL se levanta y camina con dificultad. Sigue al HOMBRE por el desierto.

HOMBRE: ¿Qué? ¿Te orinaste con la historia de los demonios?

Oscuro

§

EL HOMBRE le ofrece agua a SAÚL.

HOMBRE: Con calma, nadie te está correteando... ¿Y te veniste solo? ¿Sin amigos ni familiares? (*SAÚL asiente con la cabeza.*) Mira nada más, venirte solo a estas tierras de las que unos no han salido vivos y en las que otros andan deambulando como almas en pena. ¡Pero qué cabeza hueca la tuya de estar solo.

SAÚL: Bueno, y a todo esto, ¿desde dónde viene ustedé?

HOMBRE: De... (*se queda confundido.*)

SAÚL: Yo soy de Dolores Hidalgo, de las tierras de José Alfredo Jiménez, y mire que es precioso mi pueblo, y no se diga sus mujeres... ¡Ay, mi Chatita! ¿Si sabe de dónde soy?

HOMBRE: (*Pausa.*) Dolores... Hidalgo...

SAÚL: (*Cantando.*)

“Camino de Santa Rosa,
la sierra de Guanajuato,
ahí nomás tras lomita,

se ve Dolores Hidalgo,
yo allí me quedo paisano,
ahí en mi pueblo adorado...”

SAÚL comienza a toser, el HOMBRE le da palmaditas en la espalda y SAÚL se queja de dolor.

HOMBRE: De veras que eres quejumbroso. (*SAÚL le muestra las heridas de su espalda y el HOMBRE se sorprende.*) Ahora sí te dieron con todo. Deja te echo agua y descansas un rato.

SAÚL se recuesta boca abajo mientras el HOMBRE comienza a limpiar las heridas.

HOMBRE: Bueno, no me has dicho cuánto tiempo llevabas solo cuando te encontré.

SAÚL: (*Se queja del dolor.*) Tenía dos días... Había estado escuchando voces..., y me escondí.

HOMBRE: ¿Voces? ¿Qué voces?

SAÚL: Nunca logré entender lo que decían. Voces que venían por todos lados.

HOMBRE: Yo también escucho voces, voces que arrastran, que empujan, ¡que destrozan!... ¡Escucha!

SAÚL: Cállese, aquí no hay ni un alma en pena.

El HOMBRE comienza a tararear una canción, SAÚL se incorpora poco a poco, asustado, mientras el HOMBRE camina de un lado a otro.

HOMBRE: ¿Oyes? ¡Ahí están! (*Toma a Saúl de las manos y da vueltas con él.*)

SAÚL: Suélteme.

HOMBRE: ¡Aquí están!

SAÚL: ¡Qué me suelte le digo!

La escena se vuelve caótica, el HOMBRE pierde los estribos.

HOMBRE: ¡Voces! Aquí están. ¡Malditas voces! ¡Déjenos!

Los dos caen al suelo.

Oscuro

§

SAÚL: Levántese, ya es tarde y va a anocheceer.

HOMBRE: La camioneta.

SAÚL: ¿Cuál camioneta?

HOMBRE: ¿Ya llegó?

SAÚL: ¿Qué quiere decir?

HOMBRE: Si, la camioneta, la que va a venir por nosotros.

SAÚL: Usté nunca me habló de ninguna camioneta.

HOMBRE: ¿Dónde estamos?

SAÚL: ¿Qué, ya no se acuerda de nada? Se puso a gritar y se quedó dormido. Casi ni hemos avanzado. ¿De qué camioneta me habla?

HOMBRE: (*Agobiado.*) Una camioneta vendrá por nosotros más adelante. Está del otro lado, la cosa es que nos lleve por toda la carretera hasta llegar a la ciudad.

SAÚL: Oiga, y ¿si vendrá por nosotros?

HOMBRE: Claro, si yo supe de esta camioneta desde la primera vez que me vine para acá. Di con ella gracias a unas voces que me fueron llevando por el camino hasta encontrarla.

SAÚL: ¡Otra vez las voces! Ya déjese de eso, que nomás me pone de nervios. Y a todo esto, ¿cómo se siente?

HOMBRE: Cómo me he de sentir, pues cansado.

SAÚL: Pero es que hace unas horas estaba como loco...

HOMBRE: Déjate de pláticas y ponte a caminar.

SAÚL: Oiga, y ¿usté cómo se llama?

HOMBRE: Mi nombre... ¿Qué importa el nombre?

SAÚL: Pus, yo nomás decía pa conocernos.

HOMBRE: ¿Y para qué me quieres co-

nocer? Date cuenta que aquí, entre menos sepamos de la gente es mejor. No nos comprometemos. Somos simples desconocidos, aquí y en China.

SAÚL: ¿En qué nos va a comprometer? Ya vio, ahora hasta quiere que nos comprometamos. Pus, ¿de qué se trata? Ándele, dígame aunque sea su nombre y ya lo dejo en paz.

HOMBRE: *(Mira la playera que lleva puesta SAÚL y señala la imagen del estampado.)* Así me llamo.

SAÚL: *(Observa su playera y ríe.)* Muy original.

HOMBRE: ¿Y tú?

SAÚL: Yo me llamo Saúl.

HOMBRE: *(Inicia en voz baja para terminar con un aullido.)* Saúl... Saúl... Saú, aú, aú, u, u, u...

EL HOMBRE cae al suelo agotado. SAÚL se asusta y se aleja. Aparece una MUJER bai-

lando, descalza, desde un costado del escenario.

MUJER: *(Tararea una canción.)* Mira, viejo. Con este vestido, ¿verdá que me veo rechula? Ahora que tengamos dinero hasta voy a contratar a unos músicos para bailar nomás tú y yo. N'ombre, al rato, tendremos una casota, con recámara para cada uno de los niños. Una sala grande para recibir a la familia, y la cocina, bien enorme, con una estufa brillante de nueva, un refri repleto de comida. Al otro lado, una ventana grandota donde podamos ver nuestra camioneta roja, para ir a la ciudad cada domingo.

HOMBRE: Sí, Chatita, claro que sí. No más deja me vuelvo a ir para traerte todo lo que me pides.

SAÚL: ¡Oiga! ¿Está bien? ¿Con quién habla? No me asuste, que no estoy jugando.

MUJER: Quién iba a pensar que si te

fuiste fue por mí y el niño. Tú siempre me decías que querías cinco hijos, tú dime, que pa eso sí soy buena.

HOMBRE: ¿No dicen que no hay quinto malo? Y, ¿qué hiciste todos estos años que me fui?

MUJER: Pus, ¿que va a hacer? Atender la casa, al niño, y estar pendiente de ti.

HOMBRE: (*Celoso.*) ¿Y a poco en todo ese tiempo no te ha dado por ir a ver al idiota ese de Isidro?

SAÚL mira asustado al HOMBRE que habla solo.

MUJER: (*Insegura.*) No...

HOMBRE: Más te vale, porque a la primera que te sorprenda de cascos ligeros, te me vas con ese tal Isidro a que te mantenga a ti y al chamaco, que yo ya no regreso.

MUJER: Has cambiado. Tú nunca fuistes así de celoso, antes nunca me hubieras dicho algo como esto. ¿Qué te pasa?

HOMBRE: ¿Qué me va a pasar? Vengo

cansado y lo único que quiero es que me atiendas bien. Ven Chatita... Mira todo ese cielo estrellado.

La MUJER se recuesta en el hombro de él y luego de un rato, se va.

SAÚL: ¿Qué le pasa?, está como zafado.

EL HOMBRE sigue mirando el cielo.

HOMBRE: En el pueblo el cielo está más iluminado, con una luna regrandota. Pareciera que con solo estirar la mano le harás un agujero más y podrás agarrar una estrella. (*Suspira.*)

SAÚL: Hace rato, cuando andaba hablando como si estuviera aquí uno de sus fantasmas, dijo “Chatita”, ¿cómo supo el nombre de mi chava?

HOMBRE: Chatita..., no lo sé.

SAÚL: Mire, usted no me da buena espina, mejor aquí le dejamos. No vaya a darle un ataque de histeria y me quiera matar.

HOMBRE: (*Acercándose a SAÚL.*) Es que

mi Chatita... *(Comienza a llorar.)*

SAÚL: Ya le dije, mejor cada quien por su lado.

HOMBRE: ¡Mi Chatita! *(Trata de detener a SAÚL.)*

SAÚL: ¡Déjeme!

SAÚL se lo quita de encima y comienza a tirarle piedras.

HOMBRE: ¡Tú sabes dónde está mi Chatita!

SAÚL: ¡Váyase! ¡Viejo loco!

Los dos comienzan a caminar por separado.

SAÚL: *(Murmura.)* Viejo loco... *(Se escuchan ruidos.)* ¿Quién está ahí? ¿Es usted? No es gracioso, ¿dónde está? ¿Qué quiere? Váyase, déjeme en paz, ¿señor? *(Camina tratando de seguir los pasos del HOMBRE.)*

Oscuro

§

SAÚL continúa siguiendo al HOMBRE, pero no puede dar un paso más.

SAÚL: *(Se deja caer al suelo.)* Ya no puedo más.

HOMBRE: ¿Escuchaste algo? O ¿por qué volviste conmigo?

SAÚL: Pare, se lo ruego, estoy muy cansado.

El HOMBRE le arrebató la botella pero ya no contiene ni una gota de agua.

HOMBRE: ¡Pero qué has hecho, imbécil! Te acabaste toda el agua que teníamos. *(Le quita la mochila y también comprueba que ya no hay comida alguna. Recrimina a SAÚL de manera violenta.)* ¡Idiota! ¡Cómo pudiste también terminar con la comida que traía!

Cerca de ellos se encuentra un tambo de agua.

SAÚL: ¡Agua!

HOMBRE: ¡No, quítate de ahí!

SAÚL: ¿Qué le pasa?

HOMBRE: ¡Te digo que no la bebas!

Ambos hombres forcejean hasta caer al suelo.

SAÚL: Siempre supe que usted también quería chingarme. Dígame, ¿qué quiere de mí? Si ya perdí todo lo que tenía.

HOMBRE: De ti, nada.

SAÚL: Es que no entiendo... Desde antes de llegar aquí nada me ha salido bien.

HOMBRE: Pues, si eso es lo que quieres, bebe. ¡Bébelo hasta que el veneno pase por todo tu cuerpo y te hayas retorcido por completo! ¡Anda, bébelo!

SAÚL está a punto de beber el agua.

SAÚL: ¡¿Veneno?!

HOMBRE: ¡No ves que hay quienes desean que nunca llegues al otro lado! Le echan veneno al agua para que no lo-
gres cruzar. Sí, yo también he estado a punto de decir hasta aquí, pero hay que

ser muy cobarde para hacerlo.

SAÚL: Con todo lo que me está pasando, como que ya me cuesta trabajo confiar en la gente.

HOMBRE: Yo era como tú, no creía en la gente desde que muchos trataron de aprovecharse de mí. Fue cuando decidí venirme para este lado, porque estaba huyendo de todo, de mi familia, de la pobreza, de mi mujer, de mis hijos...

SAÚL: Entonces, ¿sí tiene familia? (*EL HOMBRE asiente.*) Es que con todo lo que me dice, pienso que hice mal en haberme venido p'acá, ¿a poco usted no estaba mejor en su tierra?

HOMBRE: Allá, allá estaba..., ya ni me acuerdo cómo estaba. (*Hablando para sí mismo.*) La primera vez que me vine estaba asustado, a mi mujer, la que ahora es mi esposa, la dejé embarazada, tenía yo 17 años y ella 15. No sabía ni qué chingados hacer. Hoy con mis cuatro hijos y otro que ya viene en camino. Tengo la parejita, dos

y dos. Entonces, a ver quién gana, yo o mi esposa, a ver qué es, hembra o varón. Cuando me salté la primera vez, hubo quien me echó la mano con comida.

SAÚL: Comida, eso es lo que necesitamos. Pareciera que fuéramos unos náufra-
gos, sin nada, como si en el camino hu-
biéramos perdido todo, nuestra ropa, la
comida, la familia.

HOMBRE: Mira, ya es aquí donde nos de-
ben de recoger. Aguanta un rato más.

SAÚL: ¿Todavía confía en esa gente?

HOMBRE: ¿Confiar? En nadie, ni si-
quiera confío en ti. Muy machito me salis-
te, venirte desde allá solo, con tu esposa a
punto de parir, ¿en qué estabas pensando?

SAÚL: En lo mismo que usted. ¿Ya lo
olvidó?

HOMBRE: No, pensé que ya lo había
olvidado, pero esas voces siempre me han
acompañado.

SAÚL: ¿Qué voces?

HOMBRE: Las de siempre, las que te acompañan en cada viaje, hasta que vuelves a estar con ellos. No hay más que llantos, gritos, risas y silencios. Cuentan las personas que viven cerca del río, que en las noches se puede ver la silueta de las personas que han muerto en su intento por pasar a los Estados Unidos. Sombras sedientas y hambrientas que no hacen más que llorar en silencio por nunca haber logrado cruzar. Al parecer esos muertitos no encuentran la forma de regresar con los suyos, pero tampoco de tener el descanso eterno, por eso es que tratan de meterse en el cuerpo de algún migrante, para no seguir perdidos.

SAÚL: (*Atemorizado.*) ¿Y si cruzamos por el canal?

HOMBRE: Por ahí el agua te chupa. Ese canal es tan profundo y tiene tanta fuerza que aspira a la gente que trata de cruzar nadando. Todos los ahogados quieren volver a salir de ahí. Cuando intentas nadar y piensas que estás por llegar a la otra orilla,

no falta algún muerto que te agarré del tobillo y te lleve hasta lo más hondo.

SAÚL: Y pensar que por olvidar todo eso, uno está aquí, caminando en la nada. Solos... estamos solos.

HOMBRE: Sí, solos de este lado. A veces ya quiero aplacarme. Estar más tiempo con mis hijos. Me creerías que cuando voy ya ni me conocen. La otra vez, mi mujer me deja al cuidado del más chiquito, y que éste se agarra llorando... No llores, m'ijito, soy yo. Pues, qué tiene el carajo muchacho que se asustó conmigo. ¡No vaya a ser que le presentaste al otro!, le dije a mi mujer. (Ríe.)

Se escuchan ruidos. Los dos migrantes, espantados, se tiran al suelo y a rastras se dirigen a un arbusto para esconderse. Se ven luces de linternas, sombras que indican que son policías fronterizos. SAÚL se queda pasmado. Las sombras son del POLICÍA 1 y POLICÍA 2, a quienes solo EL HOMBRE puede ver. Se escuchan voces, gritos, lanzan

pedras, y disparan sus rifles. Una bala roza la cabeza de SAÚL.

POLICÍA 1: *(Acercándose a los migrantes.)* Mira, mira. ¿A quiénes tenemos aquí? Quizá lo mejor para que escarmienten es darles unos garrotazos hasta que revienten. Apuesto a que éste llora al primer golpe *(señala a SAÚL).*

POLICÍA 2: *(Aparece a un costado del POLICÍA 1.)* Y no solo eso, pedirán clemencia.

POLICÍA 1: Muertos de miedo.

POLICÍA 2: Perseguidos.

POLICÍA 1: Aterrados.

POLICÍA 2: Condenados.

POLICÍA 1: Pero si aquí no hay nada, solo se trata de otro estúpido animal.

POLICÍA 2: Incrédulos. Pensando en alcanzar el sueño americano.

POLICÍA 1: ¿Qué es el sueño americano?
Salen POLICÍA 1 y POLICÍA 2. EL HOMBRE comienza a sollozar.

SAÚL: Ya deje de llorar, no ve que si lo escuchan, nos van a descubrir hasta los vivos.

El HOMBRE se tranquiliza. Las luces poco a poco se desvanecen. SAÚL está temblando y no se da cuenta que ha sido herido.

HOMBRE: Andando, antes de que se regresen estos cabrones.

SAÚL intenta levantarse, pero no puede.

HOMBRE: ¡Mira nomás cómo te pusieron la cabezota!

SAÚL cae inconsciente. EL HOMBRE saca un pañuelo, limpia la herida y queda congelado. SAÚL delira y se levanta. Entra la MUJER.

SAÚL: ¿En qué pensabas?

MUJER: En ti.

SAÚL: ¿En mí? ¡No me veas la cara de pendejo! Si hubieras pensado en mí, no te habrías quedado embarazada.

MUJER: Pero tú tampoco lo pensastes.

Así que ahora, vele pensando qué vamos a hacer.

SAÚL: ¡Me lleva!

LA MUJER queda inmóvil.

SAÚL: Esto no me puede estar pasando a mí. ¡No, no, no!

Oscuro

§

SAÚL sigue delirando, recostado junto al HOMBRE.

HOMBRE: ¡Despierta, muchacho! Estuviste delirando. En unos minutos llegará el POLLERO por nosotros, quedamos de vernos aquí.

SAÚL reza en voz baja.

HOMBRE: ¿Qué haces? Cállate que te van a oír.

SAÚL continúa rezando.

HOMBRE: Yo ya olvidé eso.

SAÚL: Usté es de los que se olvida de Dios, de su Virgen.

HOMBRE: Qué estupideces dices. Los últimos 30 años solo he tenido cabeza para pensar cómo pasar al otro lado, que hay que callar para no ser escuchado, y cuando te atrapan, aguantar los golpes sin decir un solo quejido. Aquí aprendes que tú solo eres un peón, que hay que obedecer órdenes y bajar la cabeza.

POLLERO: (*Voz en off.*) ¡Ándenles, que acá estamos, o nos vamos!

HOMBRE: Ya llegaron.

Cuadro de luz al centro del escenario. EL HOMBRE y SAÚL se arrastran hasta él y se colocan dentro, sentados, como si viajaran en la cabina de la camioneta.

Oscuro

§

Se ven las luces de una patrulla. Se escucha la sirena y voces en inglés ordenando que se detengan. Disparos, golpes, gritos, explosión. Se produce un silencio.

HOMBRE: Me deslizo hasta una zanja a la orilla del camino. Tierra amarillenta y hierbas enfermizas. Encuentro la cubierta de la ventanilla de la camioneta, así como un pedazo de plástico azul de la cabina misma. Levanto y examino un tubo de pasta dental abollado y descolorido. A un lado está un vaso roto. (*Pausa.*) Es una camioneta equipada con un *camper* con ventanas de vidrios polarizados. Dentro, más de veinte personas. Todos ellos migrantes indocumentados. La camioneta corre a toda velocidad, ya que el pollero ha descubierto que la patrulla fronteriza lo sigue. Dentro del *camper* el pánico va incrementándose. Quienes están cerca de las ventanas comienzan a golpear y gritar pidiendo que se detenga el vehículo. EL pollero ha estado bebiendo, ha estado inhalando cocaína. Los migrantes botan

la ventanilla trasera del *camper*. Arrojan cosas a la patrulla fronteriza, sus pequeñas maletas, sus botellas de agua, todo va cayendo a un lado del camino. La camioneta derrapa y se voltea. Se escuchan muchos sonidos a la vez: el contraer, el romperse, el triturar y el crujir de vidrio, metal, plástico y huesos. La camioneta cae dentro de una zanja con el techo hacia abajo. La mayoría de los cuerpos que se encontraba dentro del *camper* están diseminados. No todos fueron arrojados hacia afuera, algunos quedan triturados bajo el propio chasis destrozado. Busco al chico, pero no lo puedo distinguir entre todos los cuerpos. (*Pausa.*) Ya no siento absolutamente nada, creo que nunca sabré si nació mi hijo. He recordado cuando tomé la decisión de migrar: a los 17 años y con mi esposa esperando a nuestro primer hijo, había olvidado su voz...

Se escucha un disparo.

SAÚL: Partir, ser empujado por una corriente, dirigirse a un lugar ajeno; partirse

para estar en uno y otro lado siempre; para irse y regresar..., y volver.

HOMBRE: ¿Es un empuje, una válvula de escape, una corriente natural lo que nos lleva?

SAÚL: Caminar, andar, llegar, abrir las puertas, pasar....¿Hasta donde llegará esta Línea? ¿Qué nos hace estar de un lado o del otro? ¿Cuál camino nos lleva a donde queremos?

HOMBRE: El desierto asfixia sueños y destroza vidas. Pero las voces permanecen...

Oscuro final

§

Este libro se terminó de imprimir en julio de
2015, en la ciudad de Guanajuato, en los
talleres de Los Otros Libros.

Contacto: manosenescena@gmail.com

